

**con acento**

## **Sobre la santidad**

Norberto Alcover

Si la modernidad pura y dura se mostraba exageradamente exigente con la declaración eclesial de que una persona, hombre o mujer, eran santos, parece que la postmodernidad adopta ante esta delicada cuestión una actitud muy diferente: no hay que buscarle tres pies al gato y puesto que Dios asiste continuamente a su Iglesia en las personas de los creyentes, será mucho más frecuente de cuanto pensamos que se produzca el fenómeno humano/divino de la santidad. En esta línea parece moverse el actual pontífice, un Juan Pablo II que, de pronto, se convierte en el mensajero de la paz y del no a la guerra más militante de cuantos ponderamos lo mismo. Este Papa quiere que haya más santos y santas como forma de mostrar la presencia y acción de Dios en los creyentes que participan de su misma vida en la vida de Jesucristo mediante la acción del Santo Espíritu. Y pensamos que, desde este punto de vista, nada hay que objetar, a no ser que nos pongamos muy puritanos y hasta un tanto desconfiados del mismo actuar de Dios.

Pero surgen voces relevantes que nos ponen en guardia sobre una posible devaluación de algo tan

serio como es la santidad y la misma declaración de que un ser humano la ha vivido en grado tan sumo que se convierte en modélico para el conjunto de la Iglesia. Vienen a decirnos, con grave admonición, que sería peligroso desmemoriarnos sobre las exigencias que hasta hace unas décadas se proponían para declaraciones de este tipo. Está claro que, en asunto de tanta trascendencia, tales voces son del todo oportunas para no desvirtuar lo que constituye lo más nuclear de la experiencia eclesial: el misterio de la santidad divina, del que todos participamos desde el bautismo y, probablemente, desde el mismo hecho de nacer en el mundo tocado por la encarnación y por la pascua del Cristo Jesús. Ojo, pues, al dato.

Más todavía. Desde ciertos ámbitos del todo respetables por su específica cercanía a la vida cotidiana y, en fin, a la historia humana, con específica relación a las víctimas de tal vida e historia, se alzan voces complementarias de quienes interrogan por qué unas determinadas personas son declaradas santas con cierta facilidad mientras otras muy concretas tardan y tardan o hasta no consiguen tan siquiera abrirse

camino en tal empeño. Ejemplos de todos sobradamente conocidos son Teresa de Calcuta (por carta de más, si bien sea una personaje admirable y paradigmático) y, en el otro extremo del cordel, Monseñor Romero, referente obligado para tantas masas latinoamericanas y también para tantos biempensantes desarrollados. Pero incluso podríamos preguntarnos por qué no se contemplan tantas vidas de hombres y de mujeres aparentemente normales y que, si se analizan, se demostrarían como impresionantes *lugares de gracia* en la vida contemporánea. Muchos interrogantes surgen, porque, en definitiva, uno de los problemas reside en la complejidad para abrir un proceso de canonización, tan imposible si no tienes en la base una institución relevante o el interés de alguna personalidad eclesial.

Todas estas reflexiones, en su conjunto o parcialmente contempladas según la mentalidad de quien las realice, sobrevienen con ocasión de la canonización de cinco hombres y mujeres españoles el próximo día 4 de mayo en Madrid. Y es bueno, desde nuestro de vista, que reflexionemos y que nos interroguemos con serenidad, con exigencia pero siempre con delicadeza para quienes gozarán de este reconocimiento eclesial. Entre otras razones porque se produce, con este motivo, una explosión de los bienes carismáticos en el cuerpo de la Iglesia española y de la Iglesia universal: Pedro Poveda y el carisma

del diálogo entre fe y cultura; José María Rubio y el carisma del amor a los pobres; Genoveva Torres y el carisma del cuidado de la soledad femenina en las grandes urbes; Ángela de la Cruz y el carisma del afecto a la pobreza; Maravillas Pidal y el carisma de la contemplación. No es poca riqueza y significatividad para una sociedad *instalada en la finitud*, como decía Zubiri, y que hace del *tener hedonista* centro y objetivo de su vida. Haríamos bien en proponer tales ejemplares vidas de forma inteligente para tal sociedad contemporánea donde todos existimos, puesto que santos y santas lo son para su pueblo de Dios en camino.

¿Cuál es el acento y dónde lo ponemos? Sencillo. Acentuamos la complejidad del fenómeno de la santidad, y ponemos esta acentuación en la elección que hace la Iglesia Católica de los ejemplos concretos. Pero damos gracias a Dios porque cinco hombres y mujeres de este solar nuestro español merecerán, desde pronto, aparecer como referentes vitales para los creyentes. Solamente resta discernir, en cada caso, la objetiva naturaleza de esa referencia y su correcta aplicación. Porque la experiencia de Dios siempre es subjetiva. ■